



SOMBRA

ELENA P. MELODIA

La aclamada continuación de *Oscuridad*,
segunda entrega de la trilogía My Land.

Sombra

— My Land —

Elena P. Melodia

Traducción de Jorge Rizzo

Rocaeditorial

A mi hermano Michele

Un carro de fuego vuela con un leve vaivén y se me acerca. Estoy dispuesto a cruzar nuevas sendas y llegar a nuevas esferas de actividad pura. ¿Vas a merecer tú, que aún eres un gusano, esta alta vida, este placer de dioses? ¡Sí, solo consiste en volverle decidido la espalda al dulce sol de esta tierra!

Prepárate para forzar las puertas ante las que todos quieren pasar de largo. Ya es hora de demostrar mediante hechos que la dignidad del hombre no cede ante la grandeza de los dioses; que no siente temor cuando se encuentra ante esa oscura sima en la que la fantasía se condena a su propio tormento; que no elude adentrarse por ese estrecho pasaje, alrededor de cuya abertura arde en llamas el infierno entero; que puede, resuelto, decidirse a dar ese paso, aun a riesgo de convertirse en nada.

JOHANN WOLFGANG VON GOETHE,
Fausto I (702-719)

A todos los que hacéis de la razón un credo, que racionáis los sentimientos en porciones de supervivencia y que pensáis que seguís un camino prefijado, a los que sostenéis que conocer el futuro condiciona las decisiones del presente y que olvidar el pasado nos hace libres, quiero contaros cómo prosigue mi historia. Deseo mostraros cómo el destino, indiferente ante cualquier ilusión, conduce nuestra vida en la dirección que él determina. Y cómo nosotros, almas rebeldes que intentan escabullirse de su red, no podemos hacer otra cosa que intentar cambiar su trayectoria. El día llegará, inexorable, en que nos demos cuenta de que el camino está marcado y de que no podemos hacer otra cosa más que seguirlo. Pero para mí, por ahora, ese momento aún no ha llegado. Yo soy un alma rebelde.

Por eso, quizás, estoy tendida con los sentidos abotargados sobre un duro suelo de madera, y a mi lado yace un cuerpo inmóvil.

Una sucesión de imágenes y de pensamientos se suceden como un torbellino dentro de mi cabeza. Abro los ojos con un esfuerzo: la luz me quema como si estuviera hecha de fuego. Crea una niebla confusa de formas coloreadas que poco a poco van adquiriendo nitidez. Empiezo a recordar; estoy en la papejería del centro. Vine para hablar con el hombre-ángel, me encontré la puerta abierta y entré. Él estaba de pie, cerca del mostrador, y me miraba con intensidad, como si me esperara. A nuestro alrededor, las estanterías estaban vacías y el aire era raro, mortecino.

Le pregunté si cerraba el negocio y él me respondió que tenía que cambiar de barrio. ¿Por qué?

Levanto la cabeza, sin conseguir ponerme en pie. Miro a mi alrededor, y entonces lo veo. El hombre-ángel está a poca distancia de mí, inmóvil, también sobre el suelo de dura madera: parece muerto. Me acerco con gran esfuerzo y le rozo la cara, pero su piel es una fina película de la que no emana más que un frío helado. No parece que salga respiración alguna de su boca entrecerrada, ni veo movimiento en su tórax, desinflado como una pelota pinchada.

Está muerto, no hay duda.

Cuando observo su rostro desde el otro lado, son los ojos lo que me llama la atención, más que ninguna otra cosa. Abiertos como platos y casi transparentes, con los iris completamente carentes de color, como si alguien los hubiera usado para robarle la vida.

12

Y sé quién puede haber sido.

Las imágenes se recomponen como minúsculas piezas de un puzle: ha sido el Master. Se ha presentado en la tienda cuando yo hablaba con el hombre-ángel, mientras le preguntaba por qué me había vendido la pluma y el cuaderno violeta, dando así inicio a mis peores pesadillas. El hombre-ángel no tuvo tiempo de responderme.

Había entrado el Master, y se nos había echado encima. Después, no recuerdo nada más.

Me estremezco.

Y pienso que debo irme de allí, lo más rápidamente posible, antes de que me encuentre a alguien. No hay nadie más en la tienda, solo una profunda desesperación.

Si el Master me quería a mí, ¿por qué sigo viva y él no? El cabello blanco del viejo tendero, su pálida piel, casi sin una arruga, los ojos desorbitados, los miembros rígidos... hacen que parezca una figura de cera. Lo siento por él, por su inexplicable muerte y por las respuestas que no me ha dado.

Lanzo una rápida mirada en dirección a la puerta cerrada. Por debajo de la cortina, que cubre tres cuartas partes del cristal, veo desfilar por la acera las piernas de los peatones, en una

y otra dirección. Ellos caminan sin más. No saben qué hay a este lado de la puerta. Pero si entraran... y me encontraran aquí...

Solo me queda una opción: huir.

Con un gesto instintivo de la mano, le cierro los párpados al cadáver, como he visto que hacen en las películas. Siempre lo he considerado un gesto estúpido, pero en cuanto lo hago me doy cuenta de que hasta aquel momento su cuerpo no me da la impresión de estar en paz.

¿Cuánta fuerza tiene una mirada, aunque esté vacía?

Me dirijo tambaleándome hacia la salida. Aferro el pomo, igual de gélido que el hombre-ángel, lo giro y tiro de la puerta. El aire exterior me embiste, hiriente y denso de vida, dejándome sin aliento, como si llevara encerrada en aquella tienda una eternidad.

Los ruidos y el jaleo de la calle son agresivos, desafinados. Los oídos me chirrían, la cabeza me da vueltas. Localizo el paso de peatones y aprieto con fuerza el botón del semáforo para que cambie a verde. Cruzo a la otra acera y busco un teléfono: tengo que avisar a la policía.

Encuentro uno no muy lejos. Marco el número de emergencias y hablo, intentando disfrazar mi nerviosismo. Con voz vacilante doy la dirección de la papelería, pero no añado ningún otro dato por miedo a descubrirme. Cuelgo y recorro la zona con la mirada: hay tiendas, un bar, personas, un quiosquero, más personas, un estrecho callejón tan poco transitado que parece un error, como si al diseñador de esta Ciudad se le hubiera resbalado el lápiz y hubiera trazado una raya no deseada. Me meto dentro y, con la espalda contra la pared, me quedo a la espera de la llegada de la policía, mientras vuelvo a respirar con cierta regularidad. El callejón está ocupado por un gran contenedor de basuras rodeado de unas cuantas apestosas bolsas medio abiertas. Las paredes de los dos edificios que lo delimitan se elevan, escarpadas como los laterales de un profundo canal, y no presentan más que unas pocas ventanas minúsculas, oscuras y desnudas. Más arriba, el cielo queda reducido a un rectángulo de vidrio opaco que lo sella todo.

Al poco advierto el estridente ulular de las sirenas que se abren paso entre los miles de ruidos de la Ciudad, imponiéndome

dose a todo lo demás. Me asomo ligeramente desde detrás de la pared que me sirve de apoyo y de refugio. Frente a la papelería se han detenido una ambulancia y dos coches de policía. De uno de ellos veo bajar a dos agentes y a un hombre con una chaqueta de cuero: el teniente Sarl.

La pequeña comitiva se dirige al interior de la papelería, seguida de los camilleros. Dos agentes más delimitan la zona con cinta amarilla y, después, empiezan a hablar con los vendedores de la tienda de al lado. La idea de que alguno de ellos pueda haberme visto me corta la respiración. Por lo que yo sé, lo que ahora mismo está escribiendo en su cuaderno el policía podría ser mi descripción detallada. A lo mejor aquel mismo agente avisará enseguida a Sarl, que ordenará que me busquen. Y entonces...

Me aprieto de nuevo contra la pared, pero ninguno de mis temores se hace realidad. Sarl vuelve a aparecer en la entrada, serio y perplejo. Con la palma de una mano se masajea la nuca, mientras la camilla pasa a sus espaldas, con el hombre-ángel de camino a la otra vida metido en una indigna bolsa negra.

No hay nada más que ver.

Ha llegado el momento de que yo también me vaya.

El autobús que me llevará a casa se para delante de mí, resoplando y soltando una nube de humo oscuro y tóxico. Subo de un salto y me encajo en un asiento libre entre dos viejos como una pieza del Tetris. Me siento realmente como el personaje de un videojuego.

Al otro lado de la ventanilla todo se mueve, mientras la estructura de chapa del autobús se abre camino por la calle, que bulle con el tráfico de las cinco. La luz se despide inexorablemente del día y nos deja a merced de la oscuridad, que todo lo esconde. Ante mis ojos siguen apareciendo las instantáneas de todo lo ocurrido en la papelería: el tendero, la llegada del Master, el suelo de madera dura.

¿Por qué?

No lo sé, naturalmente.

Y la última pregunta que me concedo hacer antes de desconectar mi mente es: ¿Dónde estás, Morgan?

La entrada en casa es aún peor de lo que me había imaginado. No tanto por el peso que llevo a la espalda procedente del mundo exterior, sino por el que me cae encima entre estas cuatro paredes impasibles.

La primera mirada con la que me encuentro es la de desprecio de mi hermano Evan. Desde la noche del incidente del gimnasio, cuando... cuando intenté asesinarlo... no hemos hablado mucho. Es más, no lo hemos hecho en absoluto. Más bien nos hemos cruzado en las zonas comunes de la casa, para después volver a refugiarnos en nuestras respectivas guaridas. Creo que me odia, más que antes, más que a ninguna otra persona en el mundo. Con él está Bi, su novia, como siempre despeinada y desordenada en todo. Decidida a mantener el mundo apartado de su vida, de forma neta y precisa, como dos colores diferentes sobre una bandera.

Esbozo un «hola» demasiado poco convencido como para arañar siquiera la coraza de mi hermano, que, efectivamente, ni siquiera se digna a responderme.

—Hola —se esfuerza en responder ella, entreabriendo su jaula de dientes amarillentos por el humo.

—¡Déjala estar! Ya te he dicho que está loca —le regaña Evan.

Loca, loca, loca. Y a lo mejor tiene razón. ¿De qué otro modo se podría definir a alguien que se planta frente a su hermano con una barra de hierro y un brillo de demencia en la mirada?

Dos palabras toman forma en mi garganta y salen casi sin que me dé cuenta:

—Lo siento.

Pero esos dos ya han desaparecido en el interior del caos prehistórico de la habitación de Evan, y yo me encuentro hablándole a una puerta cerrada.

No soy de las que piden disculpas, ni de las que recurren a la autocompasión. Pero la verdad es que mi vida está cambiando y, muy a mi pesar, yo con ella.

—Hola, cariño, ¿todo bien en el colegio?

Mi madre está en el salón, sentada en el sofá. Está cosiéndole un botón a una blusa. Lina, a su lado, intenta hacer lo propio con un viejo vestido, atenta a sujetar el hilo con las manitas para que no se le escape de la aguja, con esos grandes ojos concentrados en el punto en el que esta entra por uno de los agujeros del botón.

—Sí.

Lina levanta la cabeza, cubierta de cabellos castaños sujetos con una diadema blanca con lunares rosa. Me sonrío.

16

—Nadie lo diría. Pareces contrariada —observa Jenna, lanzándome una mirada inquisitiva.

No creo que «contrariada» sea la palabra ideal para definir cómo me siento.

—Cosas de clase —respondo, esperando que le baste.

Pero ella parece demasiado concentrada en otras cosas como para profundizar en mis dramas.

Estoy a punto de ir a mi habitación cuando me llega otra pregunta:

—¿No sabrás por casualidad qué le ha pasado a tu hermano?

Me quedo sin respiración por un momento, pero hago un esfuerzo para que no se me note.

—¿Por qué debería saberlo? Conmigo no habla; ni conmigo, ni con nadie...

—¿No fuiste a verle ensayar al gimnasio?

Sí, sí que fui, e intenté matarlo a golpes con una barra de hierro. ¿Contenta, mami?

—No, me perdí por el camino y al final volví atrás. Bueno, ahora tengo que estudiar, perdona —respondo, y me alejo antes de estallar.

Entro en mi habitación y cierro la puerta a mis espaldas.

Me he salvado, de momento. Pero ¿es que realmente este es el único lugar seguro en el que puedo refugiarme?

Sigo pensando en Morgan. Me ha dejado aquí, sin una palabra como explicación. ¿A quién puedo dirigirme? El hombre-ángel está muerto, el Master que me perseguía continúa haciéndolo y ni siquiera sé por qué. Soy un peligro para mí misma y para los demás. ¿Qué debo hacer?

Me precipito hacia el armario, lo abro y rebusco en el fondo. Por un instante me imagino que no encuentro el cuaderno violeta, me pregunto si mi hermana lo habrá cogido para jugar o, aún peor, si lo habrá encontrado Evan. Sería un desastre, pero afortunadamente mis dedos sienten el contacto de la suave cubierta y lo agarran.

La clave está ahí: es ese cuaderno.

«Debo llevarlo siempre conmigo», me repito. Es demasiado peligroso perderlo de vista, por lo que lo meto en la mochila, entre los libros del colegio; están gastados, con las páginas garabateadas: hace tiempo que no los abro. ¿Qué ha sido de la chica perfecta de diecisiete años, de la estudiante modelo? ¿Dónde ha ido a parar? ¿Es posible que esté aquí, pensando en homicidios, en chicos que desaparecen sin despedirse y en hombres que la quieren ver muerta?

Me meto en la cama con un peso en la cabeza. Tal como dijo alguien, «mañana será otro día». Una frase idiota, pero por una vez espero que sea cierta.

Ya es de día. Me acabo de levantar; por la persiana bajada se filtran hilos de luz como cuchillas. Lo primero que hago es mirar el cuaderno: no he escrito nada. Suspiro de puro alivio.

Empieza un nuevo día, igual a todos los demás.

No veo a nadie en casa; me preparo a toda prisa y salgo también yo. En el espejo del ascensor me observo: no sé si quiera lo que me he puesto. Lo que antes tenía importancia ahora carece de ella. Vaqueros y suéter, ¿qué importan si tengo que morir?

Fuera es aún peor; un aire pesado me entra por las fosas nasales como gas. Tengo la sensación de encontrarme bajo el agua, aplastada por una presión irresistible.

Llego al quiosco de siempre, tomado al asalto por los clientes a esta hora de la mañana, y me hago con un ejemplar del periódico. Estoy segura de que encontraré lo que busco.

La noticia está en primera página:

EXTRAÑA MUERTE DEL DUEÑO
DE UNA PAPELERÍA DEL CENTRO

Hacia las cinco de la tarde de ayer, los agentes de la Brigada de Homicidios encontraron el cadáver de un hombre de unos sesenta años tendido en el suelo de la papelería en la que trabajaba, situada en pleno centro. Por las primeras noticias que se han filtrado, parece que ha sido una llamada anónima la que ha alertado del caso: una voz joven, de mujer. El teniente Sarl, responsable de la investigación, mantiene por ahora el más estricto secreto sobre las circunstancias de esta muerte, que se ha limitado a definir por ahora como «inexplicable». Efectivamente, no se han encontrado indicios de que hayan forzado la puerta de entrada a la papelería, ni se han llevado nada, pues el negocio estaba a punto de ser trasladado y la tienda ya estaba vacía. A la espera de los resultados de la autopsia, tampoco el cadáver presenta signos de violencia.

Algunos testimonios manifiestan haber visto a un hombre, con guantes y sombrero, que salía de la papelería, seguido al poco tiempo de una muchacha que llevaba un chaquetón oscuro. Pero hasta el momento nadie ha podido aportar detalles más precisos.

Leo la firma: Roth.

¡Una muchacha con un abrigo oscuro! Así es como está escrito. ¡Pero si soy yo!

Echo un vistazo a mi abrigo: es el mismo que llevaba ayer. Vuelvo corriendo a casa, entro en mi habitación y me lo quito todo. Repaso las alternativas: rojo, excesivamente vistoso; gris, todavía demasiado oscuro y parecido al de la descripción; verde, sí, puede ir bien. Es un poco fino, pero no importa: mejor congelarse que acabar en la cárcel.

¿Y si alguien me reconociera? ¿Cómo puedo estar segura de que en este momento un testigo que no se menciona en el artículo no estará aportando a la policía pistas para identificarme?

Me recojo el pelo. Un corte de pelo más radical provocaría demasiadas preguntas por parte de Jenna.

El hombre-ángel está muerto.

Lo único que puedo hacer es olvidarme de él.

20 **E**l colegio: un contenedor de juventud prefabricada. La única novedad es que ahora Morgan ya no forma parte de él. Todo me parece diferente, extraño, inmóvil, como si ahora lo viera desde fuera. Un filósofo cuyo nombre no recuerdo escribió un día que cada uno de nosotros puede decidir si quiere vivir o limitarse a mirar la vida. Yo me pregunto si es posible ver la propia vida; quizá no, tal vez el mero hecho de observarla bloquea la propia acción de vivir. Y así es como me siento ahora: bloqueada e impotente.

Cuando llego a clase, mis amigas ya están en su sitio. La única silla vacía es la de Agatha, al fondo. Seline hojea distraídamente las páginas de una revista del corazón y ni siquiera me ve entrar. Naomi mira por la ventana. Sé en qué está pensando.

—Hola. ¿Tienes noticias del juicio? —le pregunto en voz baja.

—Es pasado mañana.

Baja la mirada; sus ojos ya no son los de antes. La fuerza y el brillo que tenían se ha perdido, como absorbidos por una esponja.

—¿Qué hay?

Me mira a los ojos.

—Tengo miedo, Alma.

Me encojo de hombros.

—Ahora Tito está en la cárcel y ya no puede hacerte daño.

—¿Y si no pudiera testificar en su contra? ¿Y si el juez no me cree?

—Eso no sucederá, tranquila. Hay pruebas, y si no me equivoco, tienes un abogado estupendo. ¡Saca esa garra!

—¿Qué garra? Ya no soy la de tiempo atrás.

¿Cómo puedo decirle que se equivoca, si yo pienso lo mismo de mí?

—Ten fe y todo se arreglará.

—¿Y tú desde cuándo te has vuelto creyente?

—Desde que he conocido el mal.

No sé por qué he dicho esa frase. Es como si hasta aquel momento la hubiera tenido allí, en la punta de la lengua, lista para ser catapultada al exterior. Me siento tras mi pupitre sin añadir nada más. Siento la presencia del cuaderno violeta en la mochila, como si vibrara con una fuerza siniestra.

Al poco tiempo entra el profesor de historia.

Con el director, Scrooge. Nos indican que nos pongamos en pie.

El director lleva un traje gris oscuro, una camisa blanca y una corbata burdeos. Parece sacado de una de aquellas películas de los años sesenta en las que todos se quieren tanto, y la vida es un largo y festivo crucero que navega por un mar de whisky con hielo.

Empieza a hablar con su voz estridente y tóxica:

—Hola, muchachos. Estoy aquí para comunicaros una fantástica noticia.

Mis compañeros y yo intercambiamos miradas cargadas de escepticismo, de las que él parece casi complacido. Prosigue:

—Hemos cerrado un acuerdo con el Museo de Arte Contemporáneo que permitirá que todas las clases visiten gratuitamente sus exposiciones anuales. Y los primeros en el sorteo habéis sido precisamente vosotros...

Scrooge habla como si fuera un vendedor de esos que quieren colocarte el último modelo de aspiradora autolimpiable, ecológica, de bajo consumo y más inteligente que tú, que —eso sí— cuesta el triple de la que ya tienes. Y que encima quiere hacerte creer que se trata de una ganga.

—La muestra que se expone actualmente es una exposición personal de Markos, un famoso fotógrafo, que estoy seguro que despertará vuestro interés... Se trata de un centenar de instantáneas...

—Mejor fotos que cuadros —comenta en un susurro una de las cuatro «bolsitos».

A mí lo mismo me da una cosa que otra, y la muestra me parece únicamente una buena distracción para salir de entre estas sórdidas paredes.

—La visita está prevista para mañana, así que os aconsejo que os documentéis y vayáis preparados. No olvidéis mirar cada imagen con la mente y los ojos bien abiertos...

Ojos. Dejo de escucharle. Ojos. Los del hombre de la papelería afloran en mi mente como manchas de petróleo en el mar. También el Master tenía ojos de hielo, igual de luminosos.

¿Qué relación hay entre ambas cosas?

—¡Eh, Alma! —Es Naomi, que me llama.

Caigo en el detalle de que tengo al profesor de historia delante, y su mirada no me hace presagiar nada bueno. Scrooge ya no está en clase y ni siquiera me he dado cuenta de que ha salido.

—Así pues, señorita, ¿ha acabado ya de pensar en sus cosas?

22 «No —me gustaría responderle—. ¿Qué quiere, ¿que me importe su lección?», pero me decido por:

—Perdone, profesor.

Evito el interrogatorio por un suspiro y sigo pensando en mis cosas.

Las horas pasan despacio y el final de la mañana llega como una bendición. La riada humana se desborda a la salida del instituto, dejándolo como una base militar abandonada.

Yo salgo de los últimos. En el primer piso veo abierta la puerta del laboratorio de química, y la fina silueta del profesor K, que trastea con unas probetas.

Me acerco, indecisa.

—Hola —me saluda él, sin girarse siquiera. Habla con voz tranquila y regular, como siempre, pero por el tono parece haberme reconocido.

Sin embargo, solo puede haber oído mis pasos.

—Hola —respondo yo.

En ese momento se gira y me mira desde detrás de sus gafas oscuras.

—¿Va todo bien, Alma?

Esa pregunta me parece de repente extraña, demasiado personal para que me la haya hecho el Profesor K.

—Sí, gracias —miento.

Tengo la impresión de que su mirada se ha vuelto más intensa tras la oscuridad de las gafas.

¿Será que no me cree?

—Eres una chica fuerte, no lo olvides.

—¿Por qué me dice eso?

—Tienes aspecto de estar preocupada. Y mi deber como profesor es intentar ayudarte. ¿Ves estas probetas? —Me muestra los dos minúsculos recipientes de vidrio que tiene en las manos, enfundadas en guantes: uno tiene un tapón verde, el otro rojo—. Una contiene el virus, la otra el antídoto. Todo funciona así: siempre hay un remedio para cada cosa. La cuestión es saber encontrarlo.

Este hombre siempre ha sido enigmático, pero hoy me da la impresión de estar hablando con una esfinge. Me suelta una especie de respuesta a una pregunta que no creo haberle formulado. La solución, no obstante, está en sus palabras: precisamente es lo que necesito oír en ese momento.

Antídoto. Necesito un antídoto.

*M*organ, él es mi única esperanza. El chico que ha aparecido en mi vida, ha desgarrado el velo que la cubría y que ha desaparecido sin dar explicaciones.

Con la única promesa de volver, un día.

24

En el bolsillo de mi chaqueta oscura, ahora enterrada en el fondo del armario, busco el *origami* en forma de dragón en el que Morgan me escribió su número de teléfono. Las cifras aún son legibles, aunque la tinta esté ya muy borrosa. Antes de que desaparezcan del todo, decido transcribirlas en un papel. La mano me tiembla y traza signos inciertos sobre la superficie blanca.

Después me dirijo al teléfono, nerviosa y perpleja.

Marco el número, apretando las teclas lentamente. La idea de encontrarlo en casa me pone nerviosa; la de que no esté me aterra. Es de locos, pero hasta este momento no me he dado cuenta de que no sé nada de él, si tiene familia, o con quién más se mezcla fuera del colegio.

Respiro profundamente tras cada número que marco, como si fuera una prueba superada, y por fin obtengo línea.

El teléfono suena.

Una, dos, tres llamadas, luego alguien responde. Me dispongo a hablar cuando caigo en que se trata de un contestador automático. Es una mujer.

«Somos Leo y Ginevra. Ahora no podemos responder, o a lo mejor es que no estamos en casa. Así que deja un mensaje y nosotros te llamaremos con mucho gusto. ¡Adiós!»

Un mensaje alegre y animado; desde luego, se trata de una pareja joven. Todo parece normal y, sin embargo, hay algo que no me cuadra.

Pero no sé qué es... Demasiado jóvenes.

La mañana siguiente no pienso en la muestra fotográfica, no escucho las historias de Seline y Naomi, no hago caso siquiera al pupitre vacío de Agatha. Estoy concentrada en una idea que me ha atormentado toda la noche: descubrir la dirección de Morgan.

He pensado en buscarlo a partir del número, pero la compañía telefónica no da ese servicio. La solución, por suerte, se me presenta más sencilla e inmediata de lo que habría podido imaginarme. Por una vez, tengo que dar las gracias al profesor de matemáticas, que me saca a la pizarra a escribir números y fórmulas durante media hora. Al final tengo las manos más blancas que las de un panadero y el yeso me irrita la piel. Tengo una necesidad urgente de lavarme, pero salgo de mala gana: si puedo, evito los baños del colegio. Detesto la peste a humo que se instala dentro y no me gusta que los chicos se tomen la libertad de irrumpir en los de las chicas.

La solución está en el pasillo: Adam, con un cubo en una mano y un par de guantes en la otra. Debe de haber acabado el turno de limpieza poco antes. No me esperaba tanta dedicación; pensaba que se rebelaría, o que se habría largado. En cambio, parece que se lo ha tomado como una cuestión de principios, y que quitar la suciedad que dejan otros le ayuda a limpiar su conciencia.

Adam y Morgan iban a nadar juntos, si no recuerdo mal.

A lo mejor él sabe dónde vive. Cuando nuestras miradas se cruzan, esboza una sonrisa.

—Hola.

—Hola.

Parece sorprendido y, al mismo tiempo, contento de que yo le haya respondido sin vacilar.

—Realmente te lo tomas en serio. Aunque digas que no tienes nada que ver con el incidente del despacho del director.

Él levanta la mirada hacia el cielo, harto del tema.

—Ya te he explicado cómo fue. Además, ella ya está pagando otra culpa, mucho más grave que esta, así que... a cada uno lo suyo.

Ella es Agatha.

Los cabellos castaños de Adam están brillantes y arreglados, su mirada es más límpida, como si por fin se dejara observar, sin la pátina de rabia que siempre la había velado.

—Es una historia desagradable —digo yo—. Y todo ha sucedido muy rápidamente.

—Agatha es peligrosa. No debería estar entre la gente normal.

—Cualquiera de nosotros puede serlo, ¿no te parece? —dejo caer yo, en referencia a él y a lo que le ha hecho a Seline.

—Yo no he matado a nadie.

—Tampoco está claro que Agatha lo haya hecho. Eso lo dirá la autopsia del cuerpo de su tía.

—Lo que tú digas. Pero esa chica no está bien de la cabeza.

—Tú no eres el más indicado para emitir juicios, Adam.

Él permanece en silencio: no quiere discutir. Mejor así.

—¿Tienes noticias de Morgan?

Sacude la cabeza.

—Se ha desvanecido —responde, y me lanza una mirada curiosa que me descoloca—. Entonces, es cierto; te interesa.

—¿Por qué? ¿Quién lo dice?

—Hay rumores...

—No sé quién habrá hecho circular esos rumores, pero son tonterías. Le presté una cosa que necesito y quiero que me la devuelva. Eso es todo.

—En cualquier caso, no tengo ni idea de dónde está.

—¿Y no sabes dónde vive?

—Podría averiguarlo, sí.

—Y apuesto a que esa información tiene un precio.

Él asiente, satisfecho. Sabe que tiene la sartén por el mango, y no tiene ninguna intención de perder la ocasión.

—¿Y cuál sería el precio?

—Tu perdón.

Me lo quedo mirando, pasmada.

—¿Y a ti qué más te da? No es a mí a quien grabaste. Y por lo que yo sé, Seline ya te ha perdonado.

—Lo sé. De hecho, eres tú quien quiero que me perdone.

—¿Por qué?

—Porque estoy harto de tener alrededor gente que me

mira mal, que me juzga por lo que he hecho, o no he hecho, y que me señala como si fuera un criminal.

—Yo no te miro mal.

—Pero tampoco bien.

Eso es cierto.

—Y si te concediera mi perdón, ¿cambiaría algo?

—Para mí, sí.

En ese momento veo llegar a un chico de otra clase. Tiene el cabello rubio y pasa a nuestro lado, analizándonos con la mirada.

—No entiendo por qué te importa tanto —prosigo, una vez que el chaval ha pasado—, pero si eso es lo que quieres... trato hecho.

—Estupendo. Ahora tienes que decirlo.

—¿El qué?

—Que me perdonas. Quiero oírte decirlo con todas las letras.

Me quedo en silencio.

Él sonrío, mientras recoge sus trapos.

—Decide tú. Esas son las condiciones.

—Te perdono, Adam, ¿vale?

—Sí, vale, gracias. Y espero que un día llegues a pensar realmente lo que acabas de decir.

—La condición era que te lo dijera, y lo he hecho. Ahora quiero esa dirección.

El chaval del pelo rubio vuelve a pasar cerca de nosotros, de vuelta a su aula.

—Muy bien, pero ten cuidado.

—¿Con qué?

—Si alguien desaparece como lo ha hecho Morgan, puede que detrás haya algo poco claro... y peligroso.

—Ya veremos.

Nuestras miradas se cruzan como dos espadas. Él hace el ademán de dar un paso.

—¿Adónde vas?

—A cambiarme. Dentro de una hora vamos a la exposición de fotografía...

—¿Tú también?

—Buena conducta.

O sea que Adam, que después de prender fuego al despacho del director se puede permitir no asistir a clase desde hace semanas, se ha ganado ahora un premio de buena conducta.

Me pregunto para qué servirá respetar las normas.

—¿Y mi dirección?

—Te la escribo y te la doy más tarde.

—La quiero hoy.

—La tendrás, no te preocupes.

Nos separamos sin despedirnos. Tenemos un pacto.

Espero que Adam lo respete.

Las visitas a los museos tienen una característica fundamental: a medida que se avanza, de una sala a otra, parecen alargarse. En el arte contemporáneo, además, la sobredosis de explicaciones se vuelve asfixiante. Es inútil querer aclarar algo que ha nacido para no ser claro. Aunque se trate de simples fotografías.

El museo es una enorme caja de cemento subdividida en grandes salas vacías en las que cada paso resuena con la intensidad de un disparo. La entrada está flanqueada por una enorme banderola que ondea con el nombre del fotógrafo, Markos, sobre el fondo de un retrato, que imagino que será una de sus obras más famosas. Representa a una mujer de mediana edad, con la mirada intensa y fija sobre un punto lejano, demasiado lejano como para que se vea, con un sombrero de paja en la cabeza y un cigarrillo medio consumido en la boca.

Me detengo un instante a observarla.

—¿Te gusta? —me pregunta el profesor de historia, el afortunado que han elegido para que nos acompañara. Me giro hacia él. No creo haberlo tenido nunca tan cerca, ni que me haya dirigido nunca una pregunta no puntuable.

—Me lo estoy pensando.

—Es ciega, pero parece muy serena, como si el hecho de no ver no fuera para ella un impedimento, sino un medio para ir más allá de lo visible, para percibir lo que se escapa a los sentidos.

Entonces miro otra vez la imagen y comprendo lo que se me escapaba: aquella mujer, en el momento de la instantánea, mientras absorbía el tabaco de su cigarrillo, veía lo invisible.

Es lo que tendría que hacer yo también. Conseguir ir más allá de los acontecimientos en sí mismos para encontrar el vínculo que los une, para encontrar el final de ese hilo finísimo que poco a poco va envolviéndome.

—Vamos adentro.

Nos encontramos en un vestíbulo inmenso. Frente a nosotros, una escalinata muy ancha de mármol oscuro; a la izquierda un mostrador del mismo material, la taquilla, que parece una capilla funeraria. Una taquillera vestida con traje chaqueta gris y camisa blanca va cogiendo billetes, da el cambio y arranca la entrada del taco como un perfecto autó-mata.

El profesor de historia hace los trámites de entrada con gran ceremonia. O a lo mejor es que se entretiene porque le gusta la taquillera. Nos da un papelito a cada uno y nos indica que le sigamos.

Adam camina junto a Seline, justo por delante de mí.

30

«Quiero esa dirección», pienso. Pero no me atrevo a pedírsela. Desde luego, no quiero que toda la clase piense que tengo algo que ver con él. Seline le roza la mano. Espero que no se esté dejando tomar el pelo otra vez. Él se gira hacia mí. Yo sostengo la mirada y le recuerdo nuestro pacto.

—El mundo va al revés... —dice Naomi, a mi lado—. ¿No crees?

Me encantaría explicarle mis cosas, ¿pero cómo podría ayudarme?

—¿No crees? —me repite.

Seguro que está pensando en el juicio.

—Sí, perdona... Tienes razón. Pero tú tienes que sacar toda la rabia, ¿has entendido? Tienes que hacérselo pagar; lo demás no importa.

—Lo intentaré. Pero no será fácil.

—Yo no te dejaré sola.

—No creo que puedas asistir.

—¿Y eso por qué?

—Porque el juez ha dispuesto que el proceso se celebre a puerta cerrada.

—No lo entiendo. ¿Qué quiere decir? ¿Que no puede entrar nadie?

—Exacto. Ha decidido no permitir el paso al público. Para protegerme.

—Me habría gustado estar cerca de ti.

—Le he preguntado a mi abogado si se puede hacer algo, pero no puede garantizarme nada. No obstante, si vienes, quizá...

—Claro que iré. Aunque tenga que quedarme todo el día fuera esperándote.

—Eres una amiga. —Naomi me pasa un brazo por encima de los hombros. Noto un leve escalofrío por el cuello, pero no me aparto, como habría hecho hasta hace poco tiempo.

No obstante, no aguanto mucho tiempo. Aún hay algo en el contacto con la gente que me incomoda.

—Venga, vamos; no quiero que el profesor nos riña.

Seguimos la fila desordenada que forman nuestros compañeros e intentamos concentrarnos en la muestra. Son en su mayoría retratos: viejos con el rostro apergaminado, en el que se abren unos ojos antiguos y profundos; niños que corren desnudos, a los que solo les faltan los gritos de fondo para que parezcan vivos y en movimiento ante nuestros ojos. Hay religiosos cubiertos de violeta y púrpura con la expresión relajada de quien vive convencido de su bondad, o que al menos quiere mostrarse así. Y luego paisajes de todo tipo, con cascadas prodigiosas, silos abandonados, montañas yermas y desoladas, rascacielos altos y resplandecientes. Veinte años de carrera en un centenar de fotografías. Y algunas son bonitas, tengo que admitirlo. Mientras las observo consigo percibir algo, un mensaje que parecen querer comunicar. Sobre todo los retratos, en los que el fotógrafo ha conseguido capturar el alma de las personas, transferirla a la imagen como una película brillante que la hace vívida y luminosa. Mientras estoy absorta contemplando la mirada dulce y melancólica de una niña, fotografiada junto a un hombre en lo que parece un coche de línea, oigo la voz de Naomi que me llama.

—¡Eh, Alma! Ven a ver esto.

Me acerco, intrigada. Por unos minutos, ante las fotografías, he conseguido distraerme.

Naomi está mirando una foto en particular. Muestra una chica... pero no es una chica cualquiera.

—¿No te parece increíble?

La observo mejor. ¡No puede ser, y sin embargo esa chica es idéntica a mí!

No sé qué decir. La miro y vuelvo a mirarla, incapaz de creerme lo que veo.

—Parece tu doble. ¡Ponte al lado!

Lo hago y veo los ojos de mi amiga que se abren como platos.

—¡Eres tú! Di la verdad, has posado para el fotógrafo y no se lo has dicho nunca a nadie.

—¡Venga ya! No es más que una coincidencia. No sé ni siquiera quién es este fotógrafo.

Me quedo mirando la muchacha de la foto. Es morena, de cabellos lisos, quizás un poco más cortos que los míos. Pero sus ojos verdes, los labios, la nariz... son realmente idénticos a los míos.

El pecho se me hincha y deshinch, inspira estupor y espira miedo.

32 —Me parece imposible... —No consigo acabar la frase, pero tengo una sensación terrible.

Busco el nombre de la foto.

Una tarjeta.

Doble.

Larissa, 13 de octubre - 18 de septiembre.

—¿Por qué hay dos fechas?

—Parecen las del nacimiento y la muerte —comenta Naomi.

18 de septiembre.

—18 de septiembre, me recuerda algo...

«¡Oh, Dios mío! —pienso—. Eso es pocos días antes de la fecha de mi accidente, el 21...»

18 de septiembre.

Y la foto de una desconocida idéntica a mí.

Llegan también Seline y Adam.

Naomi no pierde el tiempo:

—¿Has visto? ¿No es idéntica a Alma?

Seline se acerca, mientras que Adam se queda observando desde lejos, como para no involucrarse demasiado. Y me mira.

—¡Caray! ¡Es increíble, pareces tú realmente! —exclama en voz alta Seline, que no tiene el don de la discreción.

—Tampoco hace falta que se lo cuentes a todos —replico, con el índice sobre los labios para indicarle que se calle.

—Venga, no te lo tomes así —dice Seline—. Es divertido. Me sonrío. Serena. Vacía. Afortunada ella.

Me la quedo mirando sin responderle. Espero que mi silencio le baste para que comprenda que a mí eso no me parece nada divertido.

—Venga, Naomi, miremos las otras fotos. ¡A lo mejor encontramos a dos chicas iguales a nosotras! —propone Seline, entusiasmada ante la perspectiva.

Salimos de la sala.

—Desde luego, os parecéis mucho —me susurra Adam.

—Dicen que todo el mundo tiene al menos un doble. Ahora yo he encontrado el mío... —respondo, intentando aligerar el tono de la voz, fingiendo que aquello no me ha turbado en absoluto.

Él me pone en la mano un papel doblado.

—Aquí tienes lo que querías.

Me lo meto en el bolsillo, sin mirarlo siquiera.

—Ten cuidado.

—Sé cuidarme de mí misma.

—No abras la caja de Pandora.

La caja que contiene los males del mundo. Pero Adam no sabe cuántos de esos males giran ya a mi alrededor.